

"DESDE EL ABISMO"(DALL' ABISSO)

Algunas consideraciones dedicadas a todos aquellos que por un motivo u otro hacen imposible la paz social.

Con los dientes apretados, intentando superar esta inesperada incapacidad para expresar por escrito lo que pienso, quiero intentar decididamente desbloquear esta situación de "impasse" que algunas veces, debo decir, se hace frustrante y en la práctica parece relegarme cada vez más a un rol de espectador. Una especie de observador mudo, sin expresar lo que piensa, que sigue lo que le está sucediendo más o menos alrededor y que no consigue, a pesar de los esfuerzos que puede hacer en este sentido, abrir la boca en una situación, en mil discusiones que le interesan, lo implican, y sobre las cuales, paradójicamente, tendría tantas cosas que decir.

Me resulta a menudo difícil el qué decir porque en el hacer los problemas no son muchos: los enemigos están siempre bien a la vista, sus intereses y también sus lugares. Y que cada uno haga lo que quiera, pueda o sepa. La cuestión, en el hacer, está si acaso en el cómo hacer mejor y más y, a los que como a mí me interesa, en el cómo hacerlo conjuntamente a otros.

También el decir tiene su importancia, especialmente en una situación como la que estoy viviendo yo, donde la fuerza de la represión quiere condenarme al silencio. Esta es la razón más fuerte que empuja a reaccionar a mí, no se como llamarla, pereza o incapacidad "literaria", intentar plasmar, del lío de ideas, intuiciones o propuestas que me puedan pasar por la cabeza, una consideración cualquiera que pueda resultar interesante para el que la lea.

Sin otras grandes ambiciones que la de resultar suficientemente comprensible y de conseguir escribir algo mínimamente amplio y completo, por lo menos más amplio que una introducción visto que todos mis intentos pasados de escribir alguna cosa que fuera más articulada que una octavilla o que una contribución a cualquier periódico, opúsculo o reunión, ha naufragado precisamente apenas acabada la introducción o un poco después! Pero, se verá... quizás esta vez sea la definitiva o tal vez me encuentre desistiendo en el intento y estas líneas irán a añadirse a las líneas dejadas en mi libreta de los intentos fallidos precedentes.

"¿Y que otra cosa querríais leer, qué podría acaso crear para satisfacer mi deseo de comunicar, de tomar posición, la necesidad urgente de esparcir a los cuatro vientos hojas escritas para hacer sentir que estoy todavía vivo, para hacerme sentir que estoy todavía vivo? Tal vez cada cosa tiene su tiempo y las inspiraciones, así como la capacidad de realizarlas, se van y se vienen sin ritmos que se puedan preestablecer. Una cosa no puedo esconder, estoy llenando línea por línea de tonterías."

En que hubiera basado mi vida si no en el intentar todas las posibilidades de avanzar cada día un poco más en los senderos de liberación de las nocividades del poder.

1

"Miles de kilómetros transcurren en mi trayecto, aquel trayecto que quizás alguien pensaba que se podría o habría podido parar, y al contrario el tiempo pasa... y no es el tiempo que pasa lo que me interesa sino como estoy empleando mi tiempo, si durante mi trayecto estoy aprovechando al máximo cada momento de viaje. Porque sólo así se puede caminar hacia delante, sabiendo que cuanto estás haciendo en cada instante preciso es lo que verdaderamente cuenta"

8 de Julio de 1997.

Para empezar tomo algunas cuestiones sobre las que, pienso, pueda ser útil o necesario expresarse, atacando, tal vez un poco brutalmente una cuestión central, no sólo en la cotidianidad y gracias a la cual el debate ha encontrado con mucha frecuencia un espacio en los movimientos revolucionarios, con mayor o menor interés según las épocas.

La cuestión de la clandestinidad, ha aleteado con frecuencia en algunos ambientes anarquistas en el último año (y medio) a causa de los ataques de la represión y al margen de una polémica desgraciadamente poco constructiva sobre algunos métodos organizativos y metodológicos de los que los revolucionarios se pueden dotar. Fea palabra, que solo al pronunciarla habrá quien se preocupe o querrá taparse los oídos pero que a mí de inmediato me hace venir en mente sólo lo que se refiere a esta

palabra el diccionario: *"clandestino - que se esconde, clandestinidad - condición de las cosas o actos clandestinos"*.

Y fundamentalmente creo que a estas connotaciones semánticas es importante referirse incluso cuando se entra en disquisiciones teóricas de naturaleza política. Un espacio en el que las palabras, como rápidamente me sería señalado por cualquier hábil interlocutor, se llenan de connotaciones históricas, de interpretaciones ideológicas y de todos aquellos "ismos" en los que a veces es fácil perder, distorsionar, o transformar el significado esencial de los términos que se usan.

Pero me parece que, partiendo de vez en cuando de una "desideologización" de algunos términos que se usan se ponga en práctica el arte cada vez menos frecuentado de llamar las cosas por su nombre, de esta manera se descargan todas las connotaciones accesorias que eventualmente puedan venir dadas por el lenguaje de los mass-media, de los códigos y de las leyes del Poder o de las interpretaciones de una corriente ideológica cualquiera; connotaciones importantes que pueden ampliar el concepto al que se refieren utilizando una palabra específica, pero que nunca deberían distorsionar o hasta eliminar, en nombre de quién sabe que teoría o finalidad, el significado esencial. En cambio, en "nuestros ambientes" cuando nos referimos a la clandestinidad, estas connotaciones se reducen a tres interpretaciones. La primera, ligada a las estrategias del poder para hacer frente a los mismos enemigos, ve en la clandestinidad una dimensión/jaula cotidiana a la que el dominio obliga a quien puede constituir o ya constituye una amenaza para el orden constituido. Una dimensión gracias a la cual toda crítica puede venir acompañada de un problema de naturaleza represiva y el poder puede entonces delegar enteramente en sus especialistas del sector la eliminación de tal problema. Una interpretación creíble pero que expresada así como es, esconde una condición esencial para que la clandestinidad, digamos forzosa, sea funcional a la salvaguarda del sistema vigente. Los individuos y las realidades objeto de tal maniobra represiva no han sabido ingeniárselas para encontrar una eventual cotidianidad que pudiese expresar una circulación de ideas, crecimiento y expansión de los contenidos y las prácticas, la presencia activa y constante allí donde el conflicto contra las nocividades del Dominio la reclaman.

La segunda versión del tema ve en la clandestinidad una dimensión de vida, y por tanto de lucha, superior, y que lleva como consecuencia a elevar por encima de cualquier otro método y recorrido (a menudo recurriendo al apoyo de una aerítica mitificación) el hacer y el vivir cotidiano fuera de todas las leyes, por lo tanto también de aquellas que sancionan tu identidad (o mejor dicho identificación), lugar de residencia, etc....

Es la versión de ciertas organizaciones combatientes, de algunos teóricos de la guerrilla, pero no sólo...¿no es legible en ese sentido el "...hacia la libertad absoluta con la Colt 45..." de Severino de Giovanni?

A decir verdad es una interpretación que quizás se podría escuchar con mas frecuencia años atrás, no porque haya perdido en estos años actualidad o, que se yo, fascinación por los revolucionarios, sino porque en el ámbito anarquista, el debate sobre la clandestinidad ha estado dejado de lado, como si fuera un tema poco interesante, que no toca a los compañeros que pueden moverse con su DNI en el bolsillo y que tocaría solamente a los cuatro gatos (que al final no son cuatro) que a pesar de estar en busca y captura o con condenas no han hecho de cualquier prisión su lugar de residencia. Es indicativo el que haya sido siempre difícil, incluso para quienes se han ocupado del tema de la represión, abordar el asunto clandestinos/clandestinidad, llegando generalmente a restringir el campo de los sujetos golpeados por la represión a aquellos investigados y a los presos. Esta consideración nos introduce en la tercera interpretación que se podría llamar el desinterés. Que quede bien claro que no es mi intención el atribuir esta tercera versión a todos los compañeros con los que he podido tener la ocasión de afrontar el tema de la represión en encuentros, reuniones y asambleas pasadas, pero es sin duda una versión difundida y que en los últimos años ha convecido desgraciadamente a un número mayor de compañeros.... Gracias también a la obra de personajes que utilizan argumentaciones del género simplemente para autojustificar su inacción, o tal vez por quién sabe qué otro deseo frustrado, finalidad o ambición. Es la versión de quienes ven en la clandestinidad un oscuro limbo en el que inexorablemente se hunde el que, por elección u obligación, no puede o no quiere dedicarse al aspecto público de la propia vida y por lo tanto de las propias luchas. (Tengo que señalar que público es un adjetivo que utilizo por comodidad pero para decir la verdad, no me gusta mucho, porque me sugiere la imagen de una grada en la que alguien ofrece parte de sí mismo a un público en una sala). Un oscuro limbo en el que llegas a encontrarte personajes muy distintos entre sí. De los sanguinarios exaltados del grillete o la bomba fácil a los ingenuos compañeros "implicados en cualquier cosa más grande que ellos". Tantas almas en pena obligadas por las adversidades de la vida a vivir como ratones escondidos en

cualquier piso anónimo o aun más unos listillos que sin hacer nada en la calle insinuaban haberlo hecho, y a los que cualquier tribunal hubiera condenado. O bien, encuentras a los más afortunados, los que un buen día, sospechando que están imputados, vuelan a una isla feliz, tienen hijos y disfrutan por el resto de sus días presumiendo de luchas, compañeros, revoluciones, "malos rollos".

Tanta variedad me lleva (casi) a pensar que en este limbo la única característica común que se puede encontrar, aparte obviamente de la condición de clandestinidad, sea precisamente el hecho de no entrar en los esquemas proyectuales y/o de comportamiento que sostienen tal versión. Estos, inversamente a las organizaciones e individuos de los que hablaba antes (para acordarnos: aquellos que cubren la clandestinidad de un halo mítico y exclusivo) no saben o no quieren practicar otros recorridos que no sean los del disenso público: aquellos recorridos en los que de vez en cuando se pueda abastecer sin consecuencias excesivamente arriesgadas las propias generalidades.

En definitiva una versión, esta última, viciada quizás, de demasiados prejuicios como para ser tomada por buena.

"Solo voy con mi pena, sola va mi condena, correr es mi destino para burlar la ley."

Perdido en el corazón de la grande Babilon, me llaman el clandestino, yo soy el quiebra ley"

Manu Chao "Clandestino".

Y bien se me dirá, pero ¿tú de que parte estas?. Te habrás hecho una idea sobre la clandestinidad visto que desde hace tiempo es tu vida, día tras día. Y en efecto, tengo algo que decir, visto que las otras interpretaciones que he abordado no me convencen. Digamos que, volviendo a la alusión que he señalado alguna página atrás cuando me refería a la clandestinidad como instrumento/jaula en las manos del poder, ante todo no baso mis consideraciones en el aspecto coercitivo del asunto. Es decir, no me gusta pensar que el universo del secreto se abra obligatoriamente a consecuencia de una imposición represiva, que la clandestinidad lleva a ser exclusivamente una respuesta a las desgracias de la vida. Pienso, que sea más interesante considerarla más bien como un método, como un recorrido de crecimiento y constante adquisición de nuevos conocimientos, nociones, capacidades, estrategias, ingenios y prácticas que permitan dar continuidad y potenciar una dimensión que estoy convencido es necesaria para complementar las mismas luchas y en consecuencia, las mismas vidas. Una complementación dada del no impedirse posibilidades, del querer moverse a tus anchas y siempre con mayor eficacia en todas las situaciones que nos podamos encontrar en todos los ámbitos que pueden resultar interesantes a los fines de una crítica radical a lo existente. Es decir un método clandestino, como todos los otros métodos de los que nos podemos dotar, que sería mejor construir día a día, con los tiempos precisos, las debidas energías y obviamente la debida concentración y atención.

Doy por descontado que, partiendo de consideraciones semejantes se pueda ser poco propenso a individuar como momento propicio, o hasta único, para ponerse a la obra, precisamente una condición la mayoría de veces difícil, cargadísima de tensiones y en la que cabeza y cuerpo puedan reaccionar de forma inesperada (neurosis, depresiones, estados de ansiedad psicofísica) como puede ser encontrarse obligados de improviso, perseguidos, a tener que abandonar las costumbres, los lugares que se frecuentan, las personas a las que se está ligado afectivamente.

Al contrario, habiendo sabido de antes crecer en tiempos digamos más tranquilos, un método de lucha clandestina, se puede afrontar una situación como la anteriormente descrita sabiendo como moverse y que conviene hacer de modo que se puede continuar sin interrupciones o desbandadas el propio camino y quizás, ser de ayuda a otros compañeros que sin haber sabido ser igualmente previsores, se encuentran en las mismas condiciones.

Por lo tanto, la clandestinidad, entendida como el conjunto de tiempos, modos, instrumentos y espacios gracias a los cuales se puede vivir del mejor modo la "parte secreta" del propio actuar, componente esta que no sea dicho que deba absolutamente excluir otras dimensiones a la luz del día, bien visibles y reconocibles en lo social.

En efecto, toda dimensión, repito, tiene necesidad, de atenciones apropiadas, y vista la complejidad del argumento, y obviamente las consecuencias que pueden llevar a eventuales descuidos y errores, diría que a la dimensión clandestina sea tal vez necesario dedicar un esfuerzo de ingenio mayor y lúcida precaución con respecto a lo aplicado en otros campos. Un esfuerzo mayor, tengo que rebatir para evitar ser malentendido, debido a las características digamos técnicas de la clandestinidad, no a una presunta superioridad de tal dimensión con respecto a las otras.

Dicho esto es inevitable que según el momento y las necesidades

pueda ser prioritario dedicarse a un aspecto de la lucha antes que a otro. Incluso porque rechazar los especialismos no quiere decir, sin duda, al contrario de lo que muchos piensan, mezclar sin criterios, con peligrosísima ligereza, secreto y no secreto. O no saber reconocer lo que requiere la situación en cada momento: si mayor compromiso en las iniciativas sociales o una mayor eficacia en la actividad clandestina. Una actividad, que si quiere ser constante y en crecimiento en el tiempo tiene la necesidad de algo más que las reglas básicas de seguridad a las que se atiene en la proyección y realización de un gesto específico (qué sé yo, como por ejemplo, que sólo quien esté directamente implicado sepa qué, cómo, cuándo se quiere golpear, que se tengan los instrumentos apropiados, los recursos necesarios, un recorrido de acercamiento al objetivo y uno para alejarse luego, y ya está). Y esto son relaciones organizativas (siempre que no se quiera recorrer un camino solitario), actitudes, estructuras e instrumentos técnicos específicos a cada objetivo.

A partir de lo que he precisado en estas últimas líneas me interesa hablar también de la clandestinidad como dimensión cotidiana de los que consiguen evitar la indeseable estancia a expensas del Estado con la que a menudo son premiados los revolucionarios de todos los colores y de todos los países.

Cuando se es perseguido por jueces y policías, cuando la foto de uno mismo está a la vista de todas las comisarías y cuarteles, el método clandestino es el único que te puede permitir continuar luchando sin tener que ponerse un metafórico traje de rayas (un inciso, también sobre la condición de recluso habría mucho que decir, visto que, al contrario de lo que se oye decir a menudo por ahí, también en las prisiones se pueden encontrar tiempos y modos para dar continuidad a las propias luchas... argumento este de gran importancia y sobre el cual por corrección, invitaría a decir la suya a quien por desgracia conoce mejor que yo la dimensión carcelaria).

La dimensión principal, volviendo a nuestro discurso, deviene para un revolucionario encontrar el modo también en el aspecto social de las luchas, ya que puede perjudicar gravemente a la propia incolumidad frecuentar locales, manifestaciones en la calle o simplemente las controladísimas casas de los compañeros.

Y de modos para hacerlo, os aseguro, hay una infinidad, a partir de una esencial búsqueda de objetivos y proyectos sobre los que se pueden expresar conjuntamente los varios métodos y recorridos: clandestinidad, iniciativas sociales, circulación de ideas y ataque destructivo.

Este es el punto de partida del que no se puede prescindir y sobre el que urge activar una confrontación proyectual, quizás empezando por el círculo de compañeros que se sienten más afines, de la realidad más estrecha, en la que polémicas y rencores no han mellado la posibilidad de un debate constructivo. Una confrontación capaz de abrir nuevos horizontes y a la que somos llamados todos los que la eventualidad de dejarnos que las penas, la prisión, las órdenes de captura o la constante amenaza de adversidades similares no han apagado las ganas y el esfuerzo de combatir las nocividades impuestas cotidianamente en esta porquería de existente, y cuanto he tenido ocasión de oír de otras voces y cuanto yo mismo he probado en mi propia piel en estos últimos años me empuja a señalar la urgencia de ocuparme en estos términos del asunto; por encima de todo, porque nuevas energías incluso energías simplemente olvidadas por la mayoría, puedan encontrarse en el crecimiento de nuevos proyectos. Pero también, porque no, con la esperanza de evitar que otros compañeros tengan un día que probar la muy desagradable sensación de que no haya más sitio para sí mismos en las luchas que se conocen y que por más tiempo han frecuentado, y se tengan que buscar en otro lugar aquello que, a quien se esperaba más cercano no interesa.

Deja un sabor de boca amargo el tener que reconocer, aunque sólo sea por un minuto, que la represión pueda haberla vencido gracias a la poca preparación y distracción de sus adversarios.

Y para que no sea así, como un juego imprevisible de cajas chinas, el discurso me lleva a afrontar otras discusiones.

II

¿Qué puede ayudarnos a encontrar nuevos recorridos, a mejorar nuestra capacidad de intervención?

¿Qué pueden enseñarnos incomprendiones o errores del pasado?

Muchas pueden ser las respuestas y entre ellas podemos encontrar la necesidad de ofrecer un poco del propio tiempo para analizar y redefinir los elementos que caracterizan lo que se podría considerar un movimiento revolucionario, y los criterios de funcionamiento que puede dar tal movimiento. O para utilizar un lenguaje que horrorizaría a muchos de los que me están leyendo, pero que resultará más preciso y explicativo a otros más acostumbrados a textos de teoría política, probemos a definir los posibles objetivos tácticos, las posibles finalidades estratégicas y las estructuras organizativas a las que se podría hacer referencia, por lo menos en lo que me atañe.

Sigo estando firmemente convencido que a la agresión continua ejercitada por el poder económico y político sobre toda forma de vida universalmente conocida sea indispensable reaccionar con una conflictualidad permanente, cotidiana, que sepa reconocer y atacar resueltamente maniobras pequeñas y grandes de la nocividad global que es el dominio del hombre sobre todo lo que le rodea, a sus semejantes incluidos.

Desde la alienación de los aglomerados urbanos modernos al negocio del hambre al que está obligada gran parte de la población humana, de la circulación a alta velocidad de capitales, mercancías e informaciones a las nuevas policías y tribunales internacionales, de las prisiones, de la producción intensiva de hombres, animales y vegetales al aniquilamiento de comunidades enteras, culturas y ecosistemas en nombre del progreso tecnológico y mil otras porquerías inaceptables a las que no someterse, teniendo siempre cuidado de no quedarse aplastado por esta roca ciclópea, de no caer en un limitante complejo de impotencia, pero al contrario lanzarse con entusiasmo al ataque de todas estas nocividades tomadas una por una, según donde nos guíe la capacidad crítica y operativa a la que podemos recurrir.

Capacidad de la que tal vez tengamos que hacer uso en el pensar, en el experimentar formas para convivir, satisfacer con igualdad las necesidades vitales de cada individuo para gozar plenamente de cada aspecto de la propia existencia natural.

No dentro de una óptica, que quede bien claro, de gestionar de una forma menos traumática e injusta un existente en el que hay quien llega a pensar que sea posible "recortarse" de los oasis en los que vivir libres y contentos, pero insertando tales experimentaciones importantísimas en una proyectualidad que aspira a dinamitar el existente, a romper de una vez por todas con las relaciones sociales y económicas basadas en el privilegio, las leyes de mercado y las distintas formas de autoridad. En una proyectualidad revolucionaria, quien siente como suyas ideas de tal fuerza está empujado a volcarse en cuerpo y alma en el conflicto, a menudo brutal, que se renueva entre los hombres, las estructuras, los proyectos del Dominio y a los que, quizás sólo parcialmente, en algunos aspectos específicos, a la nocividad reaccionan dispuestos a combatir para no dejarse pisotear, incluso en el cuerpo a cuerpo.

Sucede así que los asuntos humanos se enlazan y el recorrido de cada individuo singular en revuelta, tal vez incluso por un breve tramo del sendero, se encuentra con el de otros individuos singulares, o a veces simplemente con aquel compartido colectivamente de una colectividad entera.

Hacer un trozo de sendero en compañía, no nos olvidemos que estoy hablando de un sendero revolucionario, quiere decir para mí el tener los elementos de fuerte cohesión que puedan catalizar las distintas energías que en el recorrido se encuentran.

Elementos constituidos de compartir las ideas fuertes (hablo de ideas, cuidado, no de ideologías) de algunos de sus aspectos específicos e incluso de las formas, de los métodos y de los intentos organizativos con los que estas ideas se llevan al campo práctico.

Estos elementos son los que me gusta llamar los referentes de un proyecto revolucionario y querría con respecto a esto, con el objetivo de una argumentación más articulada, proponer un texto con el que he intentado tiempo atrás abordar esta cuestión. Un texto que quizás no resulte precisamente fluido de leer, pero que puede ayudar a introducir algunos aspectos que en lo sucesivo me gustaría tratar.

LA BUSQUEDA DE UN REFERENTE

Hay quien sostiene, para ser breve, poder actuar solo, o sea, por un motivo u otro, considera la esfera de su propia persona capaz de garantizar toda la energía necesaria para perseguir el propio ideal de autodeterminación y de crítica del existente, y entonces, está empujado, más que a buscar el confrontamiento de cuanto está fuera de la propia individualidad, a desarrollar un recorrido solitario de liberación en el que sólo las propias aspiraciones, consideraciones y capacidad operativa constituyen el único criterio asumible, tanto a nivel proyectual como de método.

Si luego, quién sabe por qué motivo este recorrido solitario se enlaza con otros recorridos, solitarios o colectivos, las situaciones que se crean pueden ser variadas y distintas, pero teniendo en común obviamente una alteración de los criterios que hemos señalado.

Semejante alteración no representa siempre una evolución hacia nuevos modos de entender el propio recorrido. A menudo, más bien, el "solitario" se encuentra forzado a ritmos que no son los suyos, se siente más o menos pesadamente molesto por las responsabilidades y compromisos que comportan la construcción de cualquier cosa que no dependa exclusivamente de la propia individualidad pero necesita la colaboración entre las aspiraciones, las consideraciones y las capacidades operativas de las distintas individualidades de esta.

Esto a veces puede llevar a una especie de digamos auto-opresión en la que el individuo pierde el sentido de utilidad de cuanto ha participado en crear con sus propias manos, perdiendo el interés, el gusto por lo que está haciendo, agotado de una sensación continua de tener obligaciones hacia cualquier persona o cosa. O a veces el "solitario", absorbido por ciertas formas mentales y de comportamiento que generalmente caracterizan las comunidades humanas (expresiones más o menos evidentes de autoritarismo, aparición de mecanismos de delegación y la tendencia más o menos constante a uniformar las diferencias individuales a favor de posiciones generalizantes), llega a perder la tensión, a utilizar plenamente la capacidad crítica y operativa que lo caracteriza como individuo. Depositando, como consecuencia en el "grupo" (o sea en la estructura colectiva a la que se le confiere una potencialidad virtual, paradójicamente desligada de la simbiosis de las potencialidades de los individuos que en ella forman parte) la posibilidad de desarrollar en cualquier aspecto que sea necesario el propio recorrido de liberación.

Por tal motivo no hay nada de que sorprenderse al constatar que a veces se delega la tarea de hacer funcionar bien las cosas a la simple existencia de una estructura colectiva cualquiera, no a los que en ella están implicados. Pero no es mi intención adentrarme en lo específico de tales cuestiones a las que cualquier revolucionario en presencia de sí mismo, debería encontrar las respuestas más adecuadas al modo de entender la propia existencia y los propios proyectos. Antes intentemos acercarnos a lo que puede representar, según mi opinión, un catalizador, un referente al que sea posible relacionar, cada uno con su particularidad, los diferentes recorridos de liberación que, solos o en compañía, se han emprendido.

Ante todo se nos presenta como referencia obligada el ambiente, entendido como situación social y territorial en la que nos encontramos, para intervenir y los objetivos, sean estos inmediatos (o quizás, mejor dicho, cotidianos) o a largo plazo, que se consideren que expresen una dinámica de liberación.

En la elección del ambiente en el que intervenir los factores a considerar pueden ser varios y podemos juzgar sin duda limitante el criterio "hacer las cosas en el sitio que se nace" si este viene adoptado sin discusión, como aceptación pasiva de una casualidad sobrenatural. Desde luego también se puede llegar a esta decisión, pero con otras premisas, es decir habiendo constatado una posibilidad efectiva de intervención en la relación entre situaciones existentes en el sitio en que se está estable (presencia de tensiones sociales o de fuertes vínculos comunitarios resistentes a los procesos de disgregación y masificación promovidos por el Estado-Capital) y la propia capacidad de conocimiento, propuesta y movimiento en tal ambiente.

Y a esto, lo que podemos considerar como la elección de un campo de acción, que puede variar según permanezcan o no las condiciones que han llevado a su elección, se puede y es necesario proceder en cualquier ámbito en el que se pueda intervenir, sea esto a dimensión de comunidad, pueblo, ciudad, regional o internacional.

Un factor que considero decisivo en tal elección es la conflictualidad que caracteriza en potencia o de hecho la situación que se quiere afrontar. Conflictualidad que entiendo como presencia, a nivel más o menos cruento según los casos, de un enfrentamiento social que rompa las dinámicas de pacificación efectuadas por el dominio. Conflictualidad, que dejando a parte paradigmas ideológicos o valoraciones de tipo cuantitativo, ofrece las condiciones de una superación ya acontecida o previsible de disenso conciliable a las reglas del juego democrático, y en estos términos representa de hecho un momento que no puede no atraer las atenciones de los que consideran la subversión del orden constituido la única apertura posible hacia nuevos horizontes de cambio radical del existente.

Una conflictualidad en la que se nos prepara o en la que se interviene encontrando fórmulas organizativas y objetivos que puedan ser referencia a las distintas tensiones, y consecuentes elecciones de método, que de hecho caracterizan el recorrido de todo individuo. Porque, si como libertarios no podemos aceptar roles preestablecidos y rechazamos preferir a priori ciertos métodos respecto a otros, es también verdad que cada individuo desarrolla capacidades o intereses que le llevan a dedicarse con mayor compromiso o satisfacción a ciertas cuestiones o a ciertas prácticas antes que a otras. Y esto, en lugar de dar vida a especialismos autolimitantes, debería de todos modos representar para el individuo un empujón para ponerse siempre a prueba, experimentar métodos distintos, cuestión que es igualmente importante como consideración a tener inevitablemente en cuenta en la construcción de cualquier recorrido en el que se encuentren distintas individualidades. La claridad de intentos, la compenetración y la ausencia de jerarquías y prejuicios entre las distintas metodologías que colaboran en un proyecto común serían factores determinantes en los libres acuerdos imprescindibles que deberían en teoría caracterizar cualquier relación entre enemigos de la

autoridad. Como también lo deberían ser, en mi opinión, la búsqueda de formas organizativas en las que participen tanto núcleos o grupos caracterizados por una fuerte afinidad proyectual y de método entre los individuos que la componen, como estructuras en las que tales condiciones de afinidad (no siempre confrontables) no sean perjudiciales al desarrollo de las funciones a las que son destinadas tales estructuras. Son estos, objetivos quizás parciales y limitados como puras formas organizativas minimales y circunstanciales en cuanto número de personas implicadas y duración en el tiempo los elementos que reclaman la idea de movimiento que sepa avanzar en una dirección precisa, fuerte, de la multiformidad organizada de los recorridos que la constituyen. Sin referentes de este tipo, que repito pueden ser también limitados a aspectos de la lucha o a ocasiones de intervención específica, es fácil, por muy buenas y heroicas que sean las intenciones, ir a la deriva."

Verano 1997.

A este punto un referente inevitable en mi recorrido, la idea fuerte a la que llamo, está justamente en la destrucción (material o concreta, sin confundirla con la denuncia en sí misma, con el folklore del disenso) de la nocividad autoritaria, tomada singularmente y en cada ámbito preciso y especificidad territorial, pero con un cuidado y una capacidad de intervención más bien amplia, que se sepa propagar y coordinar mas allá de los confines del Estado o de áreas geopolíticas.

Se podría añadir que esta destrucción, expresión como ya he dicho de la revuelta de cada individuo singular y de los recorridos colectivos que a esta última puede conducir, debería caracterizar aquellos conjuntos comunitarios (me refiero a una hipótesis proyectual a largo plazo, no a realidades actualmente existentes, al menos de nuestra parte) que, según mi opinión, representan la dimensión social en la que mejor se podría experimentar concretamente la crítica radical antiautoritaria. Comunidad, compuesta de un número de individuos limitado por los equilibrios naturales del territorio en el que están ubicados, que a partir del rechazo y del ataque a la masificación y a los mecanismos alienantes que ésta conlleva, desarrollen la práctica de una fuerte autodeterminación social de ser por encima de todo el conjunto de recorridos de liberación de los individuos que componen la comunidad. Una autodeterminación que creo debe basarse en una conciencia crítica de la especificidad del territorio en el que se vive y de las características culturales y sociales, de las tradiciones y de la historia de las personas que forman parte de ese territorio.

Son estas las connotaciones esenciales de las que me gusta llamar comunidades autodeterminadas, haciendo referencia a espacios y formas de convivencia y utilización de los recursos de los que se provee a las necesidades colectivas - individuales que conjuntos comunitarios puedan darse autónomamente, sin tener que recurrir o someterse a estructuras sociales autoritarias de vínculos de mercado.

En una miríada de comunidades autodeterminadas en permanente conflicto contra valores, proyectos y representantes del dominio, el individuo quizás sea la única hipótesis social capaz de derribar la nocividad autoritaria en un futuro que, para que no parezca que quiero perderme en teorías abstractas y previsiones, no puede tener sino raíces en los que ahora, en la inmediatez del día a día, son los referentes de nuestro recorrido. La búsqueda, la tentativa de construir formas y espacios determinados como los que se han dicho, pasa necesariamente por un sendero de guerra. Mejor dicho, pasa a través de un sucederse continuo de guerras contra cada nocividad singular.

La manera de afrontar estas guerras, los instrumentos y las estrategias que en éstas pueden ponerse en práctica, se convierte a su vez en un indefectible referente en la elección de los propios compañeros de viaje. Otra pausa de profundización.

"PARA MARCAR LA DIFERENCIA.

En una sociedad dominada por las opiniones, vale decir que el conjunto de frases hechas y desconcertantes lugares comunes divulgados por los media y que constituyen la ideología de masas, los mensajes y las realidades antagonistas no siempre consiguen distanciarse del pantanoso juego de la confrontación democrática, este juego hipócrita y aniquilante del que su regla fundamental está en el crear y saber mantener la ilusión de que a todos nos sea permitido expresar el propio punto de vista, el propio gusto, la propia tendencia política. Para decir la verdad no necesitamos quién sabe qué intuición para darnos cuenta que tanta magnanimidad por parte de quien establece las reglas del juego se limita sólo al campo de las opiniones, del hablar por hablar, que cuando se aleja de este campo para manifestarse en lo real con hechos concretos, en la búsqueda de lo que verdaderamente expresa el concepto de idea (es decir la inseparabilidad entre las formulaciones intelectuales y su consecuencia) se vuelve objeto de las mas variadas maniobras de criminalización por parte del poder.

Estos individuos, estos movimientos, estos proyectos que sobrepasan el límite entre disenso democrático y crítica radical del existente representan el enemigo público al que destinar el más celoso empeño represivo, con la doble finalidad de defender los sacros valores de la ideología de masas, y proteger del contagio a los que podrían encontrar en tal subversión de las reglas del juego una hipótesis más atrayente de transformación individual y social. Este salto es lo que marca la distancia entre el recorrido revolucionario y el nauseabundo ballet y a las opiniones, me parece reconocer como característica inocultable de ese momento el ataque directo al régimen dominante, lo que son sus estructuras y sus representantes. Un ataque que se manifiesta en el conjunto de las acciones concretas que golpean, con el grado de intensidad que se juzgue oportuno y con un desarrollo de naturaleza estratégica o sin él, directamente lugares, roles, valores, e intereses del Dominio.

Y no me es posible entender tal ataque sino de forma violenta, sino empleando toda nuestra potencialidad destructiva para no sucumbir, y hasta golpear con eficacia en el enfrentamiento violento, inevitablemente brutal y violento que el Dominio desde siempre usa contra todo lo que representa una amenaza real contra sus intereses. Una amenaza que esta en la demostración de que sus edificios, sus cuarteles, sus prisiones, se puedan dañar concretamente, demoler, y que sus funcionarios, sus ideólogos, sus tutores de su orden, sus representantes institucionales, se pueden apalear, herir, matar: Que al fin y al cabo es posible eliminar toda expresión de autoridad de la faz de la tierra, no sólo con palabras sino también con hechos.

Con esto, que quede bien claro que no es mi intención excluir de cuanto puede considerarse un recorrido revolucionario, momentos constructivos y experiencias de experimentación, que, complementariamente al ataque constituyen la solidez de una proyectualidad de transformación del existente.

Simplemente, como dificultad a creer que un buen día los que poseen el Poder y sus más o menos conscientes cómplices, podrían renunciar voluntariamente, sin violencia por parte de nadie a sus privilegios y tampoco se puede hacer creer que encerrándonos en pequeños o grandes "mundos alternativos" se puede derrotar la nocividad autoritaria.

El enemigo, el Estado, la desigualdad económica, si no son golpeados permanecen en pie, y si no, no se puede permanecer a la espera de quién sabe qué tiempos mejores para asestar nuestro ataque, ni tampoco se puede aplazar la destrucción total del sistema autoritario, el intento de concretizar aspectos más o menos parciales de nuestra tensión hacia un mundo libre y autogestionado.

Hecha esta debida precisión, vuelvo a la cuestión central, es decir a la utilización de la violencia como factor decisivo en un proceso de crítica radical, cuestión que nos abre un campo más bien amplio de problemáticas y posibilidades.

Ante todo se puede afrontar el problema de la posibilidad de comprensión del actuar violento, de una eventual consecuente aceptación, por parte de quien no lo ha organizado.

¿Pero quien debe comprenderlo? ¿Y qué deben comprender?

Si hablamos del gesto, de la acción violenta tomada como si, singularmente, la pregunta concierne a los que la realizan en cuanto entienden ellos mismos los motivos que la han inspirado, la acción destructiva tiene significado concreto ya en sí misma desde el momento que en el objetivo que se va a golpear sufre directamente las consecuencias de tal acción.

Quizá los autores del gesto estuvieron más interesados en valorar la eficacia con la cual han golpeado, es decir no sólo los daños o las heridas que han aportado sino todos los elementos que pueden ayudar a hacerlo mejor en una eventual próxima ocasión.

Si en cambio nos movemos en una óptica proyectual, los elementos a tener en consideración necesariamente se multiplican visto que, en dicha perspectiva, cada gesto, cada paso consumado, pensado y valorado en una dinámica que también comprende otras acciones en un desarrollo concadenante de causas, efectos y finalidad.

Y en este desarrollo si que tiene importancia saber tener en cuenta la situación espacio-temporal en la que se nos da a intervenir, el nivel de enfrentamiento que se nos manifiesta, las fuerzas que se pueden llevar a cabo, la posibilidad de difundir y dar continuidad a la dinámica emprendida, porque en una óptica proyectual a una acción no se le requiere solamente el significado intrínseco concreto del que ya hemos hablado, sino mas bien su ubicación funcional precisa en la globalidad del proceso en el que se esta avanzando.

A partir de estas consideraciones creo que es inevitable en un recorrido revolucionario, un desarrollo estratégico de la violencia. Si la eficacia de dicho desarrollo no se expresa (al contrario de lo que muchos piensan) en una progresión aritmética de la intensidad del conflicto y de

nuestra capacidad específica de iniciativa en el campo del ataque, ni tampoco se daría en el adaptar constantemente instrumentos y metodologías que pueden poner en juego a tensiones o ritmos que poco tienen que ver con el deseo sincero de cambiar el existente (hablo del "atendismo" que tantas veces se oye en frases del tipo: "el movimiento todavía no ha alcanzado este nivel de enfrentamiento..." o "...las masas no entenderían el paso...").

El desarrollo estratégico de la violencia al que puedo referirme se manifiesta contrario en la capacidad de utilizar las fuerzas, los instrumentos, las tácticas de intervención más eficaces en cada momento (sin duda, muy diferentes el uno del otro) que componen nuestro recorrido.

Puede ser el momento propicio para la propagación de una miríada de pequeños ataques difusos sobre el territorio, como el momento en el que en cambio se valore necesario la concentración particular de fuerzas: el momento en el que se haya confirmado la presencia de una componente social o de movimiento que pueda estimular la difusión de metodologías de ataque fácilmente reproducibles o el momento en el que las fuerzas de que se disponen y el nivel conflictual expresen iniciativas necesarias más o menos cruentas que impliquen una mayor especificidad operativa. Momentos en los que no es posible pensar como compartimentos estancos cada uno con características y tiempos que excluyen otras formas de ser, pero que se superponen, se suceden y pueden irrumpirse continuamente el uno con el otro.

Sólo una óptica estratégica de la violencia entendida así, puede evitarnos la peligrosa debilidad de encontrarnos impreparados en una fase cualquiera del conflicto revolucionario."

Verano 1997.

III

Vayamos al específico del así llamado movimiento anarquista presente en nuestra parte... a los componentes a los que me interesa más dirigirme, los que después de mil intentos, quizás aunque equivocados por qué no, y golpes represivos, sigan reivindicando a gritos y practicando la propia inconciliabilidad con el poder. Esos individuos, esos periódicos, esas radios, esos colectivos y grupos para el que no hay y no quieren tener espacio en los vacíos simulacros de los "gloriosos" sindicatos y federaciones que de anarquistas, ya desde años, sólo tienen la etiqueta y el relicario ideológico pero en realidad se sumen día tras día en el más soporífero y descarado de los reformismos.

¿Qué se puede decir de nuestra realidad, de cómo nos hemos movido en estos años y de cómo podemos movernos en el futuro?

Considerando todo lo que he dicho hasta ahora, en medio de tantos pasos acertados, tantas propuestas adivinadas y luego quizás realizadas (no siempre sólo por nuestra culpa) sólo hasta la mitad, encuentro también muchas ocasiones perdidas, una notable carga de groseras equivocaciones e imprecisiones. Encuentro también demasiado tiempo malgastado en polémicas agotadoras, en un río de reuniones dominadas por el espectro del juego de las facciones, la pesadilla del complot. Encuentro desagradable la práctica no declarada del autoritarismo, del delegar, los cotilleos o las habladurías de ebrios después de cenar.

En medio de todo esto, de lo que no pretendo decir que estoy fuera como si nunca hubiera tomado parte activamente, puedo reconocer un error recurrente, pero no el único, en la elección no siempre apropiada de los propios compañeros de viaje. Más bien dicho, precisamente así no es correcto... el error está y ha estado la mayoría de veces en el insistir acriticamente a algunos grupos y componentes sociales con respecto a otros. De hecho en ciertas ocasiones, no quiere decir siempre, no hemos sido capaces (me refiero una vez más a todos los sinceros enemigos de la pacificación democrática que he tenido el placer de encontrar en los ambientes anarquistas del "bel paese") de darnos cuenta del instante en el que la falta de cohesión entre recorridos distintos de los que hablaba antes y no hemos actuado en consecuencia cuando se presentaba la hora de tomar cada uno su propio camino, incluso, por que no entre compañeros que han recorrido muchos senderos juntos. Cuando en el horizonte aparecían realidades y luchas más interesantes en la óptica del conflicto contra las nocividades, de los contenidos y las prácticas más radicales que aquellas propuestas por el movimiento en el que se forma parte. Quién sabe por qué, anclados en las costumbres por la comodidad de frecuentar los sitios en los que se es activo debido a la cereanía de estos, o cualquier otro mecanismo similar, como tal vez a causa de un prejuicio ideológico, incapaces de mirar un poco más allá del propio huerto, allá donde florecen otros miles de movimientos de transformación social. Como si hubiéramos estipulado quién sabe qué contrato de amor eterno, un poco como ciertos comunistas que todavía hoy hablan de clase obrera refiriéndose a situaciones en las que dicha clase, como sujeto revolucionario, hace décadas que no existe.

En nuestras movidas un ejemplo vale para todos (sinceramente

espero no perderme en rencores y polémicas al tratarlo) aquellos que se hacen llamar "okupas". Una vertiente específica del movimiento de las okupaciones de casas y espacios sociales que, en el cinturón torinés ha desarrollado y difundido un particular modo de entender la práctica de la okupación y la cotidianidad subordinada a esta actividad. Naturalmente sin querer incluir en tal componente a todos los que practican la okupación de espacios sociales y habitables, y sin querer tampoco negar el recorrido común de muchos de los que leerán (obviamente yo incluido) pueden haber tenido con algunos individuos o algunas realidades de la componente okupa. ¿Qué hay hoy o puede haber habido en estos últimos años que nos haga pensar en estos grupos como un referente prioritario en la construcción de un proyecto revolucionario en la que sea posible reconocer las características que he intentado delinear en todas estas páginas?

En efecto, ha habido momentos e iniciativas que considero que han tenido muy notable importancia en el crecimiento de cada proyecto singular llevado luego adelante de cada uno de los que han vivido esos momentos directamente o han estado de algún modo digamos interesados.

Pero hoy, ¿pero, sería mejor decir en los últimos años?

Los okupas viven la buena vida mientras millones de desgraciados que no tienen la suerte de formar parte de su clan viven una vida de mierda. Ellos liberan los enanitos de los jardines mientras las cárceles están llenas de bellísimas personas por cuya liberación es prioritario luchar. Ellos viven una vida sin dinero mientras tantos compañeros siguen jugándose la piel para gritar al mundo entero que hundir las manos en los cofres de la propiedad es posible, justo y necesario. Hay gente para los que la buena vida consiste en estar delante de la tele o pasarse las vacaciones de Agosto en un estudio en la costa Liguria, hay otras para las que la buena vida quiere decir okupar casa abandonadas y transformarlas en perlas de la autoconstrucción, robar comida en los supermercados y preparar deliciosos banquetes y de vez en cuando hacer en la calle algún teatro de denuncia (artísticamente definido performance). Sin duda la buena vida de los okupas es espectacular, animada y simpática con respecto a la considerada por millones de acostumbrados tele-trabajo-dependientes.

Más revolucionario imposible.

Entonces ¿qué pueden tener en común okupas y revolucionarios?. Puede ser que se hable la misma lengua, la misma jerga, que se vista de modo similar o que se escuchen los mismos géneros musicales. Pueden coincidir en vivir o frecuentar las mismas casas, los mismos espacios o encontrarse todo a codo en cualquier juzgado haciendo frente a las cargas de la policía.

Elementos éstos que tomados uno a uno del resto, incluso refiriéndose a los okupas, pueden encontrar según los tiempos (ya que no puedes siempre generalizar) muy variadas componentes sociales en las que hechos y características manifiestan una radicalidad seguro más interesante que la expresada por los okupas... de la juventud desarraigada de los ghettos de la periferia a los inmigrantes con o sin permiso de residencia, de la gente de las montañas que resisten a la deportación en las ciudades y al estrago de sus territorios y de sus vidas a los revolucionarios sinceros de otras corrientes ideológicas o de otros movimientos, sólo por citar algunos ejemplos entre las situaciones, a las que en determinadas zonas, debemos de ser capaces de prestar la debida atención, el justo compromiso a dar vida o a intervenir en nuevas luchas, en otros episodios de un mismo conflicto que continuamente se renueva en contra del orden constituido.

Son éstas las ocasiones, éstos algunos de los referentes que debemos someter a una constante atención crítica en relación a la potencialidad conflictual y de transformación del existente que se nos expresan y que nuestra intervención, nuestras elecciones de método y estrategia, son capaces de expresar.

A tales ocasiones creo que se puede estar preparado sólo gracias a un renovado compromiso a desarrollar toda una red de conocimientos, de contactos y de relaciones entre grupos e individuos, cuanto más extendidas geográficamente, que sea vehículo de intercambios y confrontaciones reales, en el campo de los proyectos, que esto no se limite a una lista de direcciones, fax, o páginas web.

Una red donde sea posible encontrar también lugares (a los que a mí y a otros nos gusta llamar laboratorios) en los que se experimente de hecho la subversión, en todos sus aspectos, sean constructivos sean destructivos del existente. Laboratorios abiertos de intervención en el territorio en el que estén ubicados y entre la gente que vive en este territorio, tanto mediante formas de comunicar, de hacer circular ideas e informaciones no vinculadas a los ritmos o intereses del régimen de los media, como por medio de iniciativas que sepan ser apropiadas a los momentos, a las situaciones y sepan expresar una tensión de ataque y crítica radical a la nocividad.

Laboratorios que puedan a su vez ofrecer ocasiones de acrecentar el recorrido propio de cada individuo y, si se da, de entrelazar las propias tensiones y los propios proyectos a los de los otros... en fin cuatro paredes que puedan considerarse algo más que una propiedad donde no se paga el alquiler, un después-del-trabajo para (jóvenes) alternativos o una gris sede de partido. Una red de relaciones y proyectos que aumente el compromiso de dotarse de medios de comunicación propios, autónomos: hojas, boletines, periódicos, revistas de análisis y todo lo que pueda constituir un paso adelante en el distanciamiento de la información manipulada y controlada por el poder, de sus profesionales del sector. Medios que nos permitan difundir nuestros análisis y propuestas, gracias también a una atención constante para utilizar un lenguaje apropiado en cada situación específica, sea en un ámbito local, de dimensiones territoriales más restringidas, sea un área más amplia de zona, gente, luchas o movimientos distintos el uno del otro, pero que sus características específicas se pueden encontrar e intervenir conjuntamente.

Retomo lo que señalaba al final del escrito titulado "la búsqueda de un referente" juzgo instrumentos indispensables de tales características, que sean comunes (sobre la base bien definida de una serie de acuerdos a los que se nos empuja a hacer referencia por todo el tiempo en el que se está implicado en un proyecto) en el modo de pensar y propuestas, a los individuos y colectivos entre los que no se corresponde una profunda afinidad que en cambio inspira la particularidad de cada singular núcleo o realidad que es promotor y hace una utilización de tales instrumentos. Estructuras específicas de las que cada movimiento revolucionario tiene necesidad en los distintos aspectos que lo puedan caracterizar como, para poner un ejemplo extremadamente pertinente en nuestros ambientes, comités de solidaridad hacia los presos (y que se ocupan exclusivamente de los aspectos técnicos que requieren los asuntos carcelarios o a otras necesidades de las elecciones de quien en estos comités intervienen) y coordinación de las luchas contra la represión en las que participan los distintos sujetos golpeados por la represión, es decir los revolucionarios investigados, en libertad, encarcelados o clandestinos pero también sus familiares y eventuales componentes comunitarios solidarios (desgraciadamente de estos últimos de nuestra parte son pocos los casos).

Para que estos instrumentos, funcionales y operativos cada uno en la especificidad de la cuestión a la que es destinado, y una eventual coordinación entre estos se mantenga igualmente distante del centro de las tareas y de las capacidades decisorias (aunque no se le quiera llamar así esto constituye de hecho una autoridad) y de la ineficacia son necesarios un compromiso real y la elección de un método de funcionamiento efectivamente asambleario por parte de quien interviene. Pienso entonces que es importante discutir, proponer y experimentar en el campo práctico intentos organizativos estructurados así, que enriquecerían seguro nuestras capacidades de movimiento y podrían garantizar un apoyo sólido a cada ímpetu en los senderos de guerra contra la nocividad autoritaria.

Ya, alguien pensará, justo lo que Marini y sus ROS buscan afanosamente demostrar.

Por lo que a mí se refiere, no serán los teoremas de un inquisidor, o lo que tales teoremas puedan justificar en el plano represivo, hacerme madurar una actitud hostil hacia la necesidad y el deseo de pensar y poner en práctica métodos organizativos más eficaces de los que son resueltamente bandidas jerarquías de formas, de niveles o de roles. Y que las estructuras a las que estos métodos organizativos dan origen puedan hacer más o menos uso de nombres o siglas que caracterizan las iniciativas que promueven como expresiones de una cierta corriente ideológica, de un cierto movimiento o incluso solo de un proyecto específico, no es una eventualidad que deba necesariamente hacerme pensar en intenciones de apropiarse o malograr la revuelta de otros, o a quien sabe que otro espectro autoritario. En lo que concierne a la dimensión del ataque gracias a la cual el debate sobre la utilidad o no de firmas y comunicados de reivindicación ha tomado últimamente, como en el pasado, tonos muy encendidos en los ambientes anarquistas.

Esta es sin duda una cuestión importante (que requeriría mucho más espacio para un análisis por lo menos esmerado) para valorar y estar constantemente preparados para reconsiderar según las situaciones, los objetivos y las estrategias que se ponen en práctica, pero que creo que es conveniente no vincular a dictámenes ideológicos que a menudo no sirven más que para limitar posibilidades y elecciones que podrían en cambio contribuir a la eficacia y a la expansión de nuestras propuestas.

Pienso que lo que teorizan al respecto los profesionales de la represión no debe hacer crear prejuicios al afrontar tal argumento como, otro tema candente, el de la cuestión de las armas (me refiero a los mil instrumentos y materiales que se usan en el conflicto revolucionario) que puede resultar conveniente tenerlas a mano a lo largo del propio sendero. Prejuicios que son decididamente inoportunos para poder avanzar en la

confrontación de las elecciones y las hipótesis organizativas de otros sinceros revolucionarios de nuestro y de otros movimientos... incluso cuando tales propuestas no se condividen. Sobre esto, para acabar, me gustaría invitar a todos los compañeros a prestar atención para que, dejando en sus tiempos y sus espacios las bronceas personales y las polémicas, aunque sean muy justificadas, no quiero entrar en el tema, se tenga siempre bien claro quiénes son y dónde están nuestros enemigos reales. Y en consecuencia, sin más vacilación ni pérdidas de tiempo, se actúe.

Desde algún sitio, 29 de Julio de 1998.